

su parte la imaginación! Tales asociaciones deben excitar los sentimientos, herir los ojos por medio de espectáculos, encarnar las costumbres y los placeres: el flamenco se siente hijo de su patria como ciudadano de una población, como miembro de una corporación, como habitante de un barrio.

II

LA CUENCA PARIENSE

El umbral del Cambresis y las colinas del Artois separan las Flandes de la Cuenca parisiense: pasados uno y otras, se penetra en una gran región cuyas líneas principales se coordinan entre el Ardena, los Vosgos, la Cordillera central y la Armórica, revelando una unidad de estructura que, á pesar de muchos accidentes locales, permanece grabada en el conjunto. Es este territorio un campo de depresión en donde las zonas se suceden conforme á una disposición concéntrica alrededor de París; y esta disposición, que ya en el siglo XVIII entrevió Guettard (1), ha sido formulada en términos que la han hecho clásica por Elías de Beaumont en la introducción á su *Explication de la carte géologique* (2). La Cuenca parisiense es mucho mayor que la cuenca fluvial del Sena, pues de ella forman parte el Mosa

(1) Guettard, *Mémoires de l'Académie des Sciences*, 1746, página 363 (mapa y memoria).

(2) La Cuenca parisiense está circunscrita por una zona de terrenos jurásicos y luego de terrenos cretáceos que envuelven una región central compuesta de terrenos terciarios. Los mapas geológicos de nuestros Atlas han generalizado bastante el conocimiento de las principales regiones de la Cuenca para que podamos dispensarnos de insistir en este lugar sobre las mismas. Proceden esos mapas, en su mayoría, del que á la escala de 1 por 1.000.000 publicó el Ministerio de Obras Públicas, según los documentos del *Service de la carte géologique détaillée*. Respecto de la historia geológica de la Cuenca se encontrarán datos tan abundantes como precisos en el libro de M. Lapparent, *La Géologie en chemin de fer. Description géologique du Bassin parisien et des régions adjacentes* (París, Savy, 1888). Por regla general nos hemos ajustado á los límites señalados por este autor, exceptuando la parte oriental, porque aun cuando la misma inclinación de las capas se continúa, en efecto, hasta los Vosgos, nos parece preferible excluir de la Cuenca parisiense las formaciones triásicas lorenesas que corresponden al Oeste de los Vosgos en vez de las que se suceden al Este de la Selva Negra, incluyéndolas en la región renana, á pesar de que de este modo la Lorena se encuentra dividida en dos regiones distintas, pues no cabe la menor duda de que corresponden á la cuenca parisiense el territorio del Mosa y las colinas oolíticas que por Longuion, Metz y Nancy se extienden hasta Langres. Como en esta descripción era imposible separar lo que bajo tantos conceptos está unido, nos hemos decidido á agrupar el conjunto de comarcas que constituyen la Lorena, en la *Región renana* (sección III, capítulos I y II).

La idea geológica es naturalmente lo que nos sirve de guía en el orden de descripción de las diversas partes de la cuenca, y de este modo encontramos sucesivamente: 1.º, al Norte, la gran región limosa con subsuelo de greda que comprende no toda la Picardía, sino la provincia que desde Luis XI ha conservado oficialmente este nombre; 2.º, en el Centro, la parte de región terciaria hacia la cual se inclinan las capas geológicas y convergen los ríos procedentes de la periferia oriental de la Cuenca: centro y periferia están unidos por el Sena; 3.º, al Sur, la sucesión de los terrenos jurásicos, cretáceos y terciarios puestos en relación por el Loira; 4.º, al Oeste, la reaparición de las zonas jurásicas y cretáceas, que corresponde, si no á toda la Normandía, por lo menos á su parte principal, aquella en donde están Ruán y Caén, sus dos capitales históricas.

hasta el Ardena, el Loira en toda su lazada septentrional y los tributarios de la Mancha, entre Caén y Boulogne. El conjunto abarca una extensión superior á la cuarta parte de Francia, y esta región, que se distingue entre todas por la convergencia de los ríos, por la depresión de los umbrales intermediarios y por la variedad de los terrenos, reúne, por consiguiente, las condiciones mejores para aproximar entre sí á las poblaciones é inspirarles, por la comunidad de intereses, de invasiones y de peligros, un sentimiento de solidaridad recíproco.

Gracias á esta circunstancia, aquel hecho geológico constituye un gran hecho histórico. No hay en el resto de Francia región natural trazada á más grandes rasgos; no hay otra tampoco, salvo las Flandes, que se comunique más libremente con el exterior. Toda la influencia política que determinan la amplitud de las superficies, la facilidad de las relaciones y la variedad y la riqueza agrícolas, hállase reunida en la Cuenca parisiense; de aquí la preponderancia que ésta ha adquirido en los destinos históricos de Francia. Para la formación de un Estado es necesaria cierta subordinación de las partes que han de componerlo: el papel que han representado la Cuenca de Londres, la del Volga, la Llanura germánica en sus regiones respectivas es el mismo que estaba naturalmente llamada á ejercer con relación al resto de Francia la Cuenca parisiense.

CAPÍTULO PRIMERO

PARTE SEPTENTRIONAL.—LA PICARDÍA

La faja jurásica que señala la periferia de la Cuenca parisiense se interrumpe entre Hirson y Boulogne: primeramente desaparece debajo de las capas arcillosas que forman la región de herbajes y de setos vivos de la Thierarca; luego, hacia el Câteau, estas arcillas son á su vez substituídas por la greda blanca que forma las anchas cumbres agrícolas del Cambresis, y allí comienza la vasta zona gredosa que se extiende en Champaña como en Picardía. Estudiemos, en esta última, la fisonomía que aquella zona imprime al paisaje; pero antes debemos fijar la atención en un accidente notable que se presenta hacia el Oeste.

Si desde Cambrai y en dirección á Arrás seguimos el camino que corre en línea recta sobre los vestigios de una antigua vía romana, vemos cómo el relieve va presentando á la izquierda mayores accidentes. Al principio, más arriba de Arrás, se ofrece en forma de colinas recortadas; pero después, hacia Lens y Bethune, comienza á destacarse una línea continua de alturas, en la cual se fija la mirada con tanta mayor curiosidad cuanto que esta cresta uniforme, cubierta de bosques, difiere por su aspecto de los montículos franjeados que salpican la Flandes. Aquella línea domina, desde una altura constante de 100 metros, las depresiones que siguen sus bordes: desde el Norte, se la tomaría por una simple colina, pero detrás de ella hay otras separadas por una hondura de valle, y luego infinidad de mesetas que algunas raras corrientes de agua recortan en cumbres, siguiendo un paralelismo que no se desmiente hasta los límites de Normandía.

Y es que, en efecto, la Cuenca parisiense se halla recortada en su parte septentrional por una serie alternada

de convexidades y de pliegues que han afectado á las capas más profundas de la misma, preparando las vías de los valles actuales. La convexidad del Artois es la principal de esas anticlinales, del mismo modo que el valle del Somma es la principal de esas sinclinales. Una serie de ondulaciones, sensibles en la red fluvial, pero que se manifiestan sobre todo por la aparición de capas diferentes, determina, por consiguiente, la sucesión, en una dirección uniforme, de los pliegues en donde han

to mecánico en las profundidades de la corteza terrestre bastó para modificar enteramente la fisonomía de la superficie.

El Boulonnais es una empotrada abierta por desmoronamiento en el caparazón de greda. Interrumpido por la brecha del estrecho, continúa en el *Weald* inglés por los *North* y *South Downs*. Rampas uniformes y pedradas, señaladas al Sur por grandes fábricas de cemento, facilitan la ascensión lenta de sus bordes, hasta que



PARTE SEPTENTRIONAL DE LA CUENCA PARIENSE

Una serie de colinas profundamente recortadas señala la región terciaria que atraviesan los anchos valles del Soissonnais. Las diócesis de Laón, Noyón, Beauvais se agrupaban, lo propio de su metrópoli Reims, al borde de la región terciaria, y como las de Soissons, Senlis, Amiens, Arrás y Tournai, formaban parte de la provincia eclesiástica de Reims.

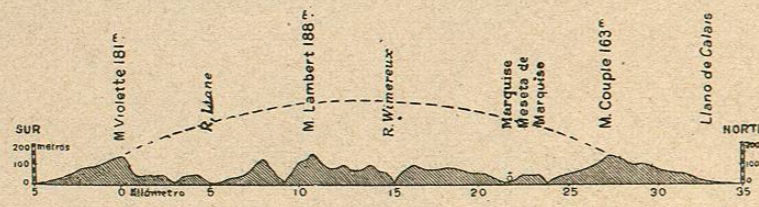
encontrado espacio los ríos y de las crestas cuya cumbre ha cortado la erosión. La greda, después de haberse elevado en las colinas de Artois, se hunde en el valle del Somma para surgir luego nuevamente en el País de Bray, en el cual, como en el Boulonnais, del que nos ocuparemos en primer término, la semejanza del fenómeno geológico ha engendrado notables analogías en el aspecto del suelo.

Hacia el Oeste, la convexidad del Artois se presenta extraordinariamente acentuada: las capas gredosas, elevadas á una gran altura, no han podido resistir á la denudación y han sido desmanteladas, apareciendo entonces en la superficie las capas anteriores que aquéllas cubrían, arcillas, gredas y calizas, «como un rincón de cielo en una escotadura de nubes (1)». De este modo se ha formado un país completamente diferente, ni picardo ni flamenco, el Boulonnais, país que, á pesar de su exigüidad, permanece distinto en la geografía lo mismo que en la historia. La exageración de un movimien-

de pronto se descubre un paisaje verde, accidentado, totalmente distinto del cinturón gredoso que lo rodea, fenómeno que se explica porque la aparición de capas más variadas y generalmente más tiernas ha permitido á la labor de las aguas esculpir de un modo desigual la superficie, crear un modelo en el que la diversidad de las superficies se traduce por frecuentes niveles de mantiales. Bosques y praderas se suceden alternativamente; varios ríos corren precipitadamente sobre lechos pedregosos; setos vivos, en los que el acebo se mezcla á menudo con el ojiacanto y con los sauces, marcan los bordes de pequeños caminos, mientras que en todas partes poco ó mucho, pero sobre todo en las alturas, aparecen diseminadas casas largas y bajas con las ventanas adornadas de flores y todas con sus huertos, sus prados ó sus campos. Algunas rocas más duras, de la edad jurásica, surgen todavía del suelo y forman cerca de Boulogne, el monte Lambert ó las escarpadas costas calizas de Griz-Nez; pero al Norte, hacia Marquise, la intensidad de la convexidad ha llegado á tal punto, que las rocas que aparecen en la superficie son las rocas

(1) Elías de Beaumont.

primarias, los mismos esquistos, los mismos mármoles que desde el Ardena parecían definitivamente sepultados en las profundidades de la tierra. Desde lo alto de la colina desnuda, azotada por los vientos, que domina las canteras de Marquise, se ofrece á nuestros ojos por un instante la brusca y corta visión de los eriales, de las dehesas y de las aulagas. ¡Instructiva y fugaz reminiscencia! Algunos pasos más allá, hacia Landrethun, llegamos nuevamente á la cresta del cinturón gredoso, desde donde se descubre una vista inmensa, el país llano que desciende y huye hacia Calais y que al otro lado de los bosques que oscurecen los alrededores de Guines se pierde á lo lejos hasta llegar á la faja gris del mar del Norte. El espectáculo no carece de grandiosidad; allí está el umbral de dos grandes regiones; allí confinan y



SECCIÓN AL TRAVÉS DEL BOULONNAIS

La erosión se ha llevado el vértice de la bóveda. Entre las dos montañas gredosas se ha formado una depresión en la que el paisaje experimenta un cambio completo; es la «fosa del Boulonnais,» según la expresión del antiguo cartógrafo Nicolai (*Mapa del Boulonnais*, 1558.—Biblioteca nacional, Mapas, B, f. II).

se oponen visiblemente cerca de un rincón del Ardena, por un momento resucitado, los Países Bajos y la Cuenca de París.

Al Sur del Boulonnais, la greda toma decididamente posesión de la superficie. Lo mismo si desde el Boulonnais entramos en las llanuras picardas que si desde las comarcas sub-ardenesas de la Thierache y del Porcien desembocamos en la Champaña, la primera impresión que sentimos es una impresión de vacío. En aquellas cumbres anchas y suaves, donde el relieve no se ve interrumpido por ningún corte más resistente, la escasez de formas prominentes, de árboles, de agua y de casas, suprime todo lo que alegra y distrae la vista. Este relieve y este aspecto son engendrados por la greda.

Los mares, cargados de organismos cuyos menudos residuos, profundamente modificados, constituyen la greda blanca, cubrieron, al final de los tiempos secundarios, una extensión mucho mayor de la que ocupa actualmente la greda en la Cuenca parisiense. Pero después de todo lo que ha desaparecido por desmantelamiento ó disolución, quedan en Champaña y en Picardía grandes superficies cuyo suelo está constituido por la greda: en Champaña, en donde ésta se halla al descubierto, manifiéstase por esa toba blanca, particularmente estudiada en los alrededores de Sens (1), cuyos viscosos grumos tanto dificultan el tránsito por los caminos. En Picardía el limo la cubre; en puntos aislados de ciertas vertientes de valles aparece en forma de blancas escoriaciones en donde crecen algunos enebros, y en los campos se la adivina por los tintes pálidos que se destacan sobre el limo rojo. Sin embargo, para apreciar su considerable espesor es preciso aprovechar las secciones

(1) De donde el nombre de greda senónica.

naturales que presentan desde Treport al Havre las escarpadas rocas de la costa: en ellas se ven sus capas cortadas por el mar. Estas capas están interrumpidas por hileras paralelas de sílices rojos ó negros: el sílice contenido en las substancias minerales y orgánicas de la greda se ha precipitado y al combinarse ha formado esos riñones cuyas hileras regulares se detienen en los lechos más duros que les han servido de sustentáculos; pero la masa, en conjunto, sigue siendo permeable y sólo en la base una capa margosa detiene las filtraciones y produce los manantiales.

Aunque no es tan crudamente visible como en Champaña, la greda constituye en Picardía la roca esencial de la que depende el carácter de la región: su superficie, cuando llegamos á ella al través del limo que la

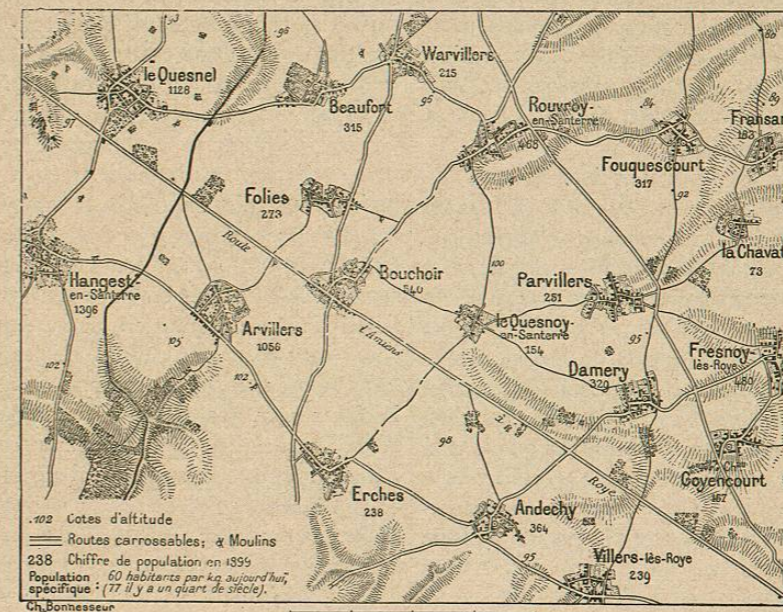
cubre, aparece corroída por erosiones ó por disolventes químicos, perforada, llena de bolsas en donde se han acumulado arenas y arcillas, las cuales arenas fueron durante mucho tiempo explotadas para cementos, habiéndose reconocido en nuestros días preciosos elementos de fertilidad en los granos de fosfato de cal de que á veces se componen. En algunos puntos se intercalan bancos bastantes duros para proporcionar morrillos de construcción. Desde los tiempos más antiguos la greda del subsuelo era traída á la superficie y servía para mejorar las tierras con elementos calizos; y en cuanto á los sílices, después de haber surtido de útiles á los hombres de la época paleolítica, no han dejado de ser explotados, facilitando piedra para los caminos y para las casas de adobes, hoy substituidas por las de ladrillo, una base sólida cuya mezcolanza ofrecía algo de pintoresco.

Esas capas de greda han sido cubiertas, á lo menos en parte, por transgresiones marinas, y los depósitos que éstas han ido dejando sobrepuestos pueden reconocerse todavía por algunos fragmentos. Estas transgresiones se produjeron sobre todo por una puerta de comunicación que se abrió varias veces entre Douai y Mons en los confines del Hainaut y de la Flandes y por la cual en diversas ocasiones, durante la época terciaria, penetraron los mares del Norte en el centro de la Cuenca parisiense. Este antiguo estrecho constituye todavía un umbral bajo, porque cuando formas tan acentuadas han persistido hasta en las edades vecinas de la nuestra, es muy raro que se borren por completo en la topografía actual; él es también el que da acceso más directamente entre la Flandes y la parte central de la Cuenca. En este pasaje de los antiguos mares, en donde actualmente se aproximan las fuentes del Escalda y del Somma, la greda aparece cubierta de placas de arcilla y de arenas

eoceanas, asociadas á capas de limo, más espesas allí que en ninguna otra parte.

Hay, sin embargo, sobre todo después de pasado el Amienois, hacia el Oeste, vastas superficies en donde tales depósitos no se han verificado, ó cuando menos no han sido bastante abundantes para resistir á los agentes destructores. En estos casos, la greda ha experimentado una alteración profunda: así en la parte occidental de la aureola cretácea, en el Vimen, en el Ponthieu y en el País de Caux, asoma á flor de tierra una arcilla roja que contiene numerosos sílices en di-

Pero cuando desaparece este terreno y, por otra parte, desaparecen también las margas ó dievas arcillosas propicias á los herbajes, es decir, al Este y al Sur de una línea que pasa aproximadamente por Amiéns, Albert, Bapaume, Cambrai y el Cateau, la fisonomía de la región limosa con subsuelo de greda alcanza su completa expresión. Sobre todo en el Cambresis, en el Vermandois y en el Santerre, la espesa capa cubre y amortigua toda prominencia, viéndose á veces pliegues verticales de limo que se elevan tres y cuatro metros entre los caminos honrados que este limo rodea. A menudo no se encuentra la



ALDEAS DEL SANTERRE

Aldeas distribuidas con regularidad en las cumbres ligeramente arcillosas que coronan la convexidad de la meseta limosa. En ellas se agrupa toda la población y se concentran árboles y huertos, y están separadas unas de otras por campos desnudos. La aldea es un organismo completo en el cual la industria aparecía en otro tiempo aliada con la agricultura.

versos estados de descomposición; es el residuo de disolución de la greda, de la que, una vez desaparecido el elemento calcáreo, sólo quedan las partes insolubles, arcilla y sílice (1). Esta substancia de descomposición, dondequiera que domina en la superficie, modifica el aspecto de ésta y es bastante impermeable para conservar pantanos cerca de las casuchas del País de Caux y hasta para imprimir en ciertas corrientes de agua de la greda un régimen accidentalmente torrencial que sorprende. Cuando la arcilla silicosa es desecada, mullida, mejorada por la greda subyacente, proporciona un buen terreno agrícola. En esta forma han sido roturados multitud de bosques, sobre todo en el siglo XII y en nuestros días; pero quedan todavía algunos que cubren las vertientes de los valles ó se extienden sobre las mesetas, para denunciar la aparición de este suelo rocoso: el bosque de Eu en el Ponthieu, y en la raya del País de Caux los de Eauvy, Lyóns y la Selva verde, son restos todavía imponentes de cordilleras selváticas cuya conservación parece ligada á la presencia de la arcilla silicosa.

(1) Lo mismo sucede en las regiones de suelo gredoso que se extienden al Sur del Sena, en donde la arcilla silicosa aparece también cubierta totalmente ó á trechos de bosques (*Bosques de Evreux, de Conches, etc.*).

greda sino á siete ú ocho metros de profundidad. Aquel limo no es arcilloso como el de la Flandes: su capa superior es generalmente decalcificada, pero por debajo presenta una contextura arenosa y friable al través de la cual hallan un desagüe natural las aguas de la superficie. ¿Por qué proceso natural, en virtud de qué influencias mecánicas y climatológicas se ha formado ese enorme depósito? No cabe duda de que en este caso las aportaciones arenosas de los mares eocenos contribuyeron poderosamente á proporcionarle materiales; mas, por otra parte, este limo de las mesetas, según en uno de los anteriores capítulos hemos visto (2), va unido á una serie de suelos análogos que por su estructura y sobre todo por los restos orgánicos de que están sembrados parecen traducir también, al través de las diferencias locales que los distinguen, la influencia de condiciones de clima comunes á una parte de la Europa central. En la Francia del Norte, en donde esos suelos cubren una superficie considerable y se extienden no sólo por la región picarda, sino que también por el Vexin y la Beauce, en ninguna parte adquieren la importancia que en la zona situada entre Cambrai y Montdidier, y en ninguna parte tampoco imprimen tan fuer-

(2) Primera parte, capítulo III, pág. XIII.

tamente su sello en la existencia de las poblaciones.

Ese limo es esencialmente el suelo de educación agrícola en donde se formaron las costumbres que más tarde permitieron conquistar las tierras arcillosas y frías de los bosques y extender de este modo la zona nutricia de donde tomó su fuerza la Francia de la historia. En él el arado no corre peligro de tropezar con piedras, sino que traza libremente largos surcos por aquel terreno fácil y llano al que pudo muy pronto adaptar el labrador el arado de ruedas, siendo tanto menos difícil extraer la greda del subsuelo cuanto que, especialmente en el Santerre, ninguna capa de piedras ó de rocallas la separa del limo. Para construir sus viviendas el hombre tenía á su disposición el mismo limo, ó tierra batida, con el cual y merced á una mezcla de paja menuda hacía un adobe que descansaba sobre una base de sílice y se aplicaba sobre vigas de madera.

De modo que desde hace más de veinte siglos el arado saca cosechas de trigo de esas cumbres entregadas á su exclusiva dominación. Los caminos se abren en el limo junto á las eminencias que ocupan las aldeas; entre los campos desnudos surcados de rectas vías que con frecuencia son calzadas romanas, atraen nuestra mirada, aquí y allá, generalmente en la cima de las ondulaciones, grandes grupos de árboles, de entre los cuales surge un campanario. Desde lejos y en la desolada campiña de invierno, esas aglomeraciones de árboles que la monotonía del horizonte permite distinguir en su distribución casi regular, forman manchas oscuras que recuerdan las islas de un archipiélago; en verano son oasis de verdura en medio de los amarillentos campos. Así se anuncian en el Cambresis, en el Vermandois y en el Santerre las aldeas en donde se concentra la población rural y entre las cuales casi no hay casas aisladas y apenas si un molino de viento ó un árbol protestan contra la soledad general. Débese esto á que en aquel suelo permeable el nivel de agua es tan profundo que á veces es preciso, para alcanzarlo, cavar pozos hasta de 80 metros; de aquí que los habitantes se concentren en torno de los pozos y de las balsas.

Esas aldeas son numerosas y apenas distan entre sí tres kilómetros: muchas de ellas han buscado las superficies de arena arcillosa cuya humedad favorece el desarrollo de los árboles; son aldeas ó burgos rurales cuyos nombres, á menudo terminados en *court* (*cortis*), indican su origen agrícola, y se componen invariablemente de un núcleo de edificios contiguos, ajustados á un mismo tipo. En realidad, es una aglomeración de granjas, cada una con su patio cuadrado: desde la calle no se ve más que la pieza principal, el hórreo, de paredes desnudas con una gran puerta, enfrente del cual y formando la cara opuesta del recinto cuadrado que forma el patio, alzáse la *casa* propiamente dicha, es decir, la parte reservada á habitación, y detrás de ella un huerto y un vivero en donde crecen los álamos en medio de árboles frutales. De manera que la aldea aparece rodeada de árboles y esta periferia de vegetación que abarca muchos kilómetros produce la ilusión de una extensión singular. Aun en los sitios más fértiles, raros son los grupos que comprenden más de algunos centenares de habitantes y en la actualidad todavía disminuye el número de éstos á medida que el suelo exige menos brazos y que desaparecen las industrias rurales que servían de auxiliares.

Las casas en donde aún resuena el ruido del telar van siendo cada día menos, y la población, después de haberse multiplicado hasta un grado que pocas veces alcanzan los países agrícolas, disminuye. Pero el sistema de población no varía, sino que esas unidades agrícolas subsisten tales como las establecieron desde muy antiguo las condiciones del suelo, en el espacio monótono y grave de los campos ondulantes bajo las espigas, hasta el punto de que llegó á pensar que no se encontraría extraño en ellas un contemporáneo de Felipe Augusto.

¿Por qué estas aldeas padecen á menudo de sequía durante el verano? ¿Por qué se recorren leguas y leguas sin ver agua corriente? ¿Y qué es de los 600 ó 700 milímetros de agua que caen cada año en un clima en que la evaporación no puede sustraer mucha? Esta agua se infiltra en la masa grietada y homogénea de la greda blanca y la embebe enteramente como una esponja; pero acaba por encontrar capas más compactas que la detienen, estableciéndose de este modo un nivel encima del cual las cumbres y los valles poco hondos quedan en seco, en tanto que debajo de él la capa subterránea asoma á la superficie en forma de rezumos ó de manantiales. Nada de fuentes en las vertientes de las colinas como las que en las colinas de las inmediaciones de París se señalan por la presencia de álamos. Una fuente inicial, *somme*, aparece en el fondo de un valle y se prolonga hacia arriba, pero sin agua permanente, viéndose obligada á retroceder hacia abajo cuando el nivel de agua desciende; pero desde el momento en que se establece la corriente definitiva, ésta no deja de reforzarse con aflujos subterráneos, y en lo sucesivo abunda, entre las cumbres blandas y amarillas, el agua en todas las formas, ríos, estanques, canales, pantanos y hornagueras; y mientras padecen sed las aldeas de las alturas, el *hortillonneur* ó labrador de los pantanos circula en barcas alrededor de Peronne ó de Amiéns.

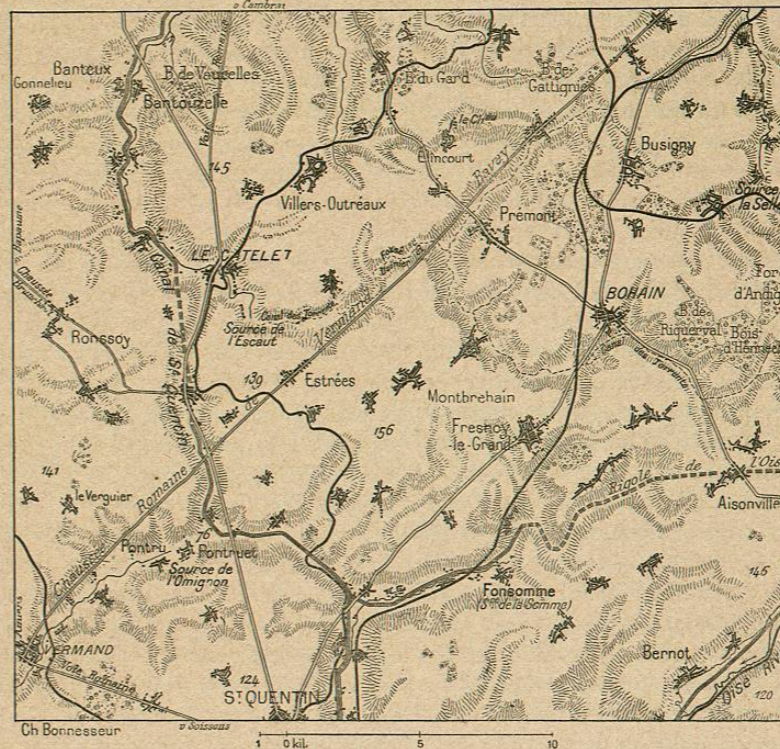
Hay, por consiguiente, en esas regiones de la greda una vida de los valles y una vida de las mesetas: cada una se mueve en un espacio y en condiciones diversas y ambas coexisten en Picardía gracias á la fertilidad de las mesetas y á la humedad que en algunos puntos mantienen las arcillas eocenas, al paso que en Champaña la vida falta ó languidece en las mesetas casi reducidas á su árida toba. Pero en una y otra comarca con la reaparición de las aguas corrientes despierta una vida particular; los ríos brotan ya formados y casi desde sus fuentes se suceden los molinos, las fábricas y las ciudades.

Alrededor de la prominencia que se eleva lentamente al borde del gran surco del Oise es principalmente donde la greda deja escapar las aguas que había almacenado. Las fuentes del Somma y del Escalda apenas distan 12 kilómetros de aquella prominencia, la cual, si bien no excede de 140 metros de altura, adquiere un aspecto particular de monotonía y aun de soledad. El intervalo se extiende entre las aldeas; las cumbres presentan un tinte más descolorido que nunca y del agua hundida en las profundidades no hay más huellas que algunos barrancos, algunas zanjas y algunos cauces secos cuya presencia indica de lejos alguna línea de humildes olmos. Y sin embargo, esas feas campiñas son dignas de atención, porque fueron y son todavía una de las puertas de Francia. Las comunicaciones generales, las que crean relaciones políticas de trascendencia han

debido buscar la zona que ofrecía menos obstáculos; y esos espacios elevados y descubiertos, desde donde se dominan los alrededores y en donde no hay que atravesar ríos ni pantanos, eran á propósito para los ingenieros romanos que determinaron para mucho tiempo la viabilidad de nuestras comarcas. Entre las fuentes del Escalda y las del Somma puede verse la gran vía que enlazaba Vermand y Bavay, dos poblaciones cuya antigua importancia ha pasado actualmente á las ciudades

á los Países Bajos desde Reims por Laón ó Soissons y desde París por Crepy-en-Valois. El que poseía estas ciudades interceptaba una de las grandes vías de comercio.

El Somma es uno de los ríos cuya existencia se remonta más lejos en la historia del suelo. Su valle, como hemos dicho, es un sinclinal hacia el cual descienden las capas del Norte y del Sur, en armonía con el aspecto general de los pliegues que han afectado á la Cuenca



ALDEAS DE MESETAS Y ALDEAS DE VALLES EN EL VERMANDOIS

Región ampliamente ondulada, surcada por numerosos valles secos y en la cual se cruzan vías de circulación de todas las edades, hacia el Hainaut ó hacia las Flandes. En la meseta hay aldeas agrícolas uniformemente encerradas dentro de un cinturón de árboles rodeados á menudo de caminos hondos, ó bien otras aldeas que se extienden al borde de antiguos caminos. Por el contrario, en los valles y desde las fuentes de los ríos, se divisa una serie de burgos, molinos, castillos, abadías, fábricas, etc.

vecinas, y que en una extensión de 80 kilómetros sigue casi imperturbablemente la línea recta, poco más ó menos siempre al mismo nivel. Aquel camino principal, especie de vía Apia de la Galia del Norte que desde allí se dirigía á Tongres y á Colonia siguiendo con preferencia las mesetas limosas, era, pues, en realidad una vía natural. Jalonada en Bélgica como en Francia de restos de la civilización galo-romana, cimentó entre los países valón y picardo unas relaciones ya preparadas por la analogía del suelo y que todavía denuncia, á falta de lazo político, la semejanza de dialectos. A ese eje de comunicaciones iban á parar los caminos de la Isla de Francia en Flandes. Es un hecho significativo el de encontrar una serie de ciudades escalonadas cerca del nacimiento de los grandes ríos antes de que el lecho de éstos se ahonde; estas ciudades son las etapas fijadas por las comodidades naturales de un tránsito antiguo. Saint-Quintín, heredera de Vermand, Roye, Montdidier y Baupaume (1) corresponden á las vías que se dirigían

parisiense. Ciertamente que fijó muy pronto su lecho en el valle que ocupa, pero no fué sin pasar por sorprendentes cambios de régimen: en efecto, ese río apacible, de caudal uniforme que deja que la turba se deposite tranquilamente á lo largo de su cauce, ha tenido en otro tiempo una corriente diluvial capaz de transportar piedras, guijarros y casquijo; en este último es en donde abundan las huellas de la edad paleolítica en el valle del Somma. En Picardía, como en otros países de ríos de lenta corriente, como la Flandes y la Beauce, subsisten señales de un régimen completamente distinto, hecho que nada tiene de excepcional porque en lo que comenzamos á saber respecto del régimen de los ríos, ningún rasgo se ofrece más marcado que esas vicisitudes de régimen, como no sea, quizás, la tendencia de aquéllos á persistir, á pesar de los cambios de relieve, en su curso, una vez éste trazado.

El estado actual del régimen del Somma podría ser

(1) Acerca de la oficina de aduanas de Baupaume, véase Finot, *Etude historique sur les relations commerciales entre la France et la Flandre au Moyen âge*, París, Picard, 1894. Fagniez, *Documents relatifs à l'histoire de l'industrie et du commerce en France*, tomo II, introducción, página x, París, Picard, 1900 («Collection de textes pour servir à l'étude et à l'enseignement de l'histoire», fascículos 22 y 31).